

TEMAS

CULTURA IDEOLOGÍA SOCIEDAD



número 45 / enero-marzo 2006

CLASE \neq RAZA $\left(\frac{\text{GÉNERO / CULTURA}}{\text{ESPACIO-EMIGRACIÓN}} \right)$

**¿folklor
+ patrimonio
= cultura popular?**

intolerancias

(filosofías
de guerra) ✓

definiciones

buena(s)² nueva(s)²



no. 45, enero-marzo de 2006. Nueva época.

SUMARIO

ENFOQUE Desigualdades	CONTROVERSIA
La comprensión de la desigualdad / 4 <i>Mayra P. Espina Prieto</i>	79 / Cultura popular: entre el patrimonio y el folklor <i>Rafael Hernández, Ariel Fernández, Julio García Espinosa, Jesús Guancho</i>
Las autonomías multiculturales en el contexto de la mundialización / 17 <i>François Houtart</i>	ENTRETEMAS
Los archipiélagos donde vivimos los cubanos / 23 <i>Luisa Íñiguez Rojas</i>	96 / La tolerancia y lo intolerable <i>Julio Fernández Bulté</i>
La relación dialéctica de exclusión e inclusión de género en la Iglesia católica / 33 <i>José Carlos Pereira</i>	106 / El camino de las definiciones. Los intelectuales y la política en Cuba. 1959-1961 <i>Julio César Guancho</i>
Raza y desigualdad en la Cuba actual / 44 <i>Rodrigo Espina Prieto y Pablo Rodríguez Ruiz</i>	LECTURA SUCESIVA
Desigualdades y migraciones internacionales: una serpiente que se muerde la cola / 55 <i>Antonio Aja Díaz</i>	115 / Legado de alas <i>Beatriz Maggi</i>
Estereotipos en la percepción de las prácticas religiosas de origen africano / 67 <i>David González López y Walterio Lord Garnés</i>	124 / Los cubanos según Rodríguez Rivera <i>Denia García Ronda</i>
	129 / Sobre sexualidad y géneros. <i>Celia Sarduy Sánchez</i>
	132 / Maña y saña del mirón <i>Alberto Garrandés</i>
	CORRESPONDIENDO
	135 / <i>Lisandro Otero, Eusebio Leal, Orlando Rey, Raimundo García Franco, Jesús Espeja, Lázara Menéndez</i>

La comprensión de la desigualdad

Mayra P. Espina Prieto

Socióloga. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

La observación de la diferenciación social como una estructuración sistemática, funcional, persistente y causal, que soporta numerosos procesos de reproducción de la sociedad, configura grupos en apariencia atrapados en una posición y constreñidos en un espacio preestablecido de opciones de vida, posibilidades de reflexión y acción, y se asocia a la distribución de recompensas, materiales y simbólicas, a la desigualdad en el acceso al bienestar y al poder que cada uno de ellos tiene, constituye uno de los objetos fundacionales de las ciencias sociales que, desde su conformación como disciplinas autónomas, hacia la segunda mitad del siglo XIX,¹ han intentado explicar la desigualdad, entendiéndola como cualidad esencial de lo social.

La desigualdad como objeto de las disciplinas sociales

Los modelos de intelección de la desigualdad se han caracterizado por la diversidad paradigmática y por la oposición de visiones causales, pero dos nociones

generales aparecen en todas: estructura y estratificación. La entrada de la noción de estructura al pensamiento social se produce por la utilización de analogías orgánicas, lo social como organismo vivo, como conjunto de estructuras que organizan y vinculan las partes del todo con una finalidad determinada.

Desde ese comienzo organicista, la idea de estructura constituye la piedra de toque en la construcción de las explicaciones sociológicas apegadas a un ideal de cientificidad clásico o simplificación,² al designar lo esencial, necesario, determinante, ordenado, coherente y estable, en oposición a lo secundario, aleatorio, arbitrario, caótico, variable y coyuntural, y sintetizar el conjunto de cualidades básicas de lo social, sus mínimos de existencia: totalidad dinámica ordenada, constituida por partes articuladas y organizadas para cumplir funciones diversas; dependencia mutua de las partes-elementos; intercambio entre ellas; persistencia y capacidad de cambio adaptativo que permite perseverar y mantener lo esencial; características de las colectividades —no imputables o reductibles totalmente a los individuos— que actúan con un efecto de limitación de las acciones y la subjetividad de estos, entramado de fuerzas sociales en interacción.

La noción de estratificación social —analogía geológica— indica un perfil de fragmentos ordenados en capas superpuestas, fronterizas y jerarquizadas: desigualdades organizadas en estratos, entre los que se distinguen posiciones superiores e inferiores, asimétricas. «Estructura» enfatiza el doble aspecto —fijo-dinámico y relacional— de las desigualdades, su interdependencia y su articulación con otras estructuras o sistemas sociales; «estratificación», el aspecto gradacional jerárquico de estas y que da base a análisis de movilidad social en la lógica de ascenso-descenso.

Hacia el siglo XVII queda superado el supuesto, típico de las sociedades preindustriales, de la «naturalidad» de las desigualdades, reemplazado por la idea de que los seres humanos nacen iguales y que es la forma específica en la cual se organizan las sociedades, las que otorgan lugares y recompensas diferentes. En el XIX, el auge de la industrialización capitalista y la evidente conversión del trabajo en mercancía, transparentan la contradicción trabajo-capital y su relación con las posibilidades de igualdad, en contraste con las libertades individuales formales, impulsadas por las revoluciones burguesas. El tema de la desigualdad quedó inscrito como pieza clave de la configuración del objeto del pensamiento político y social.

Surgen las llamadas matrices teóricas clásicas de la explicación de la desigualdad: la perspectiva marxista, la weberiana y la teoría de las élites, a las que se agrega después el estructural-funcionalismo, con su teoría de la estratificación social, todas con pretensiones de explicaciones universalistas de describir los mecanismos de configuración y reproducción de las desigualdades en todas las sociedades y a lo largo de la historia humana, sus funciones, sus componentes claves, perspectivas futuras y opciones de manejo, incluyendo también una reflexión, más o menos explícita, sobre los nexos de la desigualdad con la justicia social

Propongo bosquejar un panorama recortado³ de estas matrices teóricas fundacionales y de elaboraciones contemporáneas, acercándonos a la lógica construida por el pensamiento social para explicar (e intervenir sobre) la desigualdad y, con ese antecedente, enfocarnos al final en lo que se hace en Cuba en este campo de estudios.

Para el enfoque marxista, las desigualdades sociales y el papel que desempeñan los diferentes grupos tienen su base en la esfera de la producción material, en la matriz económica que liga las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sobre la que descansa el resto de las estructuras sociales.⁴ La ubicación en la división social del trabajo y su relación con la propiedad sobre los medios de producción de cada grupo definen su papel en la dirección de la producción y el tipo, la

magnitud y calidad de la riqueza producida a la que tienen acceso por su participación en ese proceso.

El concepto de clases se aplica a relaciones jerárquicas de base económica, que son un efecto del acceso diferente a la propiedad sobre los medios de producción, de manera que la articulación productiva (y, de ahí, la social) opera bajo la lógica de poseedores y desposeídos, explotados (expropiados de una parte de la riqueza que producen con su trabajo) y explotadores (grupos en capacidad de expropiar en su calidad de propietarios). Ellas expresan el grado más profundo de diferenciación y forman pares polares, históricamente contradictorios, que constituyen el núcleo duro de los sistemas económicos.

La insistencia en la dimensión material de la clase se complementa con la dialéctica de la relación entre su doble condición de efecto de la matriz económica (clase en sí, existe como realidad histórica) y de agente de cambio (clase para sí, supone la adquisición de una conciencia de su identidad, sus intereses colectivos diferentes y de su capacidad para actuar).

De la centralidad de las clases y sus contradicciones para explicar la organización y reproducción del sistema social, y de su capacidad potencial para intervenir en el cambio se desprende que la lucha de clases es la principal fuerza motriz de la historia humana. Se reconoce el carácter cambiante e histórico-concreto de las estructuras de desigualdad y la posibilidad de una organización socioeconómica de base no clasista, igualitaria —el socialismo, como perspectiva inexorable—, imbricada en la ley del progreso histórico.

Para los que comparten esta propuesta, su solidez estriba en colocar la desigualdad y sus fuentes en el mismo corazón de la reproducción social, en la posibilidad de distinguir entre prioritarias y secundarias y de trazar estrategias de cambio ajustadas a lo esencial. El aspecto relacional dialéctico, la interdependencia mutua de las posiciones en la estructura social y los nexos de explotación se consideran aportes no superados de la visión marxista.

Desde otras posiciones teórico-ideológicas, y aun desde propuestas contemporáneas marxistas con intenciones renovadoras, las críticas más extendidas aluden al reduccionismo economicista, la subalternidad de las dimensiones subjetivas y de otros ejes de desigualdad que, aunque se articulen a los fenómenos de clase, no son explicados por ellos, el teleologismo obrerista y la idea de que la solución de la contradicción trabajo-capital resuelve todas las contradicciones opresivas.

La perspectiva multidimensional weberiana asocia la desigualdad social a fenómenos de distribución de poder que se expresan en la trílogía clase-estamento-partido.⁵ El poder es la probabilidad (individual o

grupal) de imponer intereses en una acción comunitaria, incluso con la oposición de los demás, y sus fuentes están distribuidas en tres órdenes esenciales: el económico, el social y el político-jurídico.

Clase, en el orden económico, es todo grupo humano que se encuentra en situación igual en cuanto al conjunto de probabilidades típicas de provisión de bienes y destino personal, que derivan en la magnitud y la naturaleza del poder de disposición (o carencia) sobre bienes y servicios. La posibilidad de competir en el mercado es la dimensión causal específica de la estratificación económica.

El estamento, orden social, depende del reconocimiento sustentado en el modo de vida, las maneras formales de educación, el prestigio hereditario o adquirido, las convenciones estamentales tradicionales, las posesiones y riquezas y las relaciones sociales. Está condicionado por la situación de clase, pero no se identifica con ella, pues se adquiere mediante la aprehensión de una mentalidad y un modo de comportamiento, e implica un acto valorativo en el terreno de las relaciones intersubjetivas.

Los partidos son fenómenos organizativos del orden de distribución del poder político; su papel es ejercer influencia sobre la acción comunitaria. Las esferas del poder no son equivalentes, ni sus vínculos tienen carácter determinista, sino de interinfluencias y, en determinadas circunstancias y espacios, una de las esferas puede ser más influyente que otra.

Weber considera que la tensión social entre los diferentes está en la base del cambio social e histórico, acepta la desigualdad como elemento intrínseco a todo sistema social, por lo que siempre perdurará un grado específico y un tipo particular de desigualdad. La perspectiva del progreso histórico, de alguna manera también con carácter de ley ineludible, supone la disminución progresiva de la desigualdad irracional y la expansión de una racionalidad que regule con justicia la distribución del poder.

El atractivo de esta propuesta tiene que ver con la centralidad que otorga a la distribución multidimensional del poder y a su rescate de la intersubjetividad. Las críticas más frecuentes son su relativismo, la no consideración de las imbricaciones del poder con fenómenos de género, raza, etc., y su perpetuación de la desigualdad.

La teoría de la circulación de las élites,⁶ propuesta por Vilfredo Pareto, conserva poca influencia actual, dadas sus obvias limitaciones evolucionistas, mecanicistas y biologicistas, que los avances posteriores en las ciencias naturales y humanas descalificaron como argumentos explicativos últimos del comportamiento social. Pero sí ha perdurado la sustitución que efectuó del vínculo causal del sistema social por el funcional,

así como —en algunas escuelas contemporáneas— su énfasis en los sentimientos como resortes del sistema. Por otro lado, considera que la heterogeneidad social está predeterminada por la desigualdad psicológica originaria de los individuos, y que esto constituye un elemento sustancial de la organización social. Las peculiaridades de los grupos dependen de aptitudes innatas de sus miembros y ello determina su situación en el orden jerárquico social. En toda rama de actividad solo cuenta una minoría de personas. El autor identifica clases sociales con la división entre élite y masa. La élite, formada por quienes tienen el índice de desempeño más elevado en su rama de actividad, es la parte selecta de la población y se divide en clase gobernante (aquellos que participan directa o indirectamente en la administración de la sociedad) y no gobernante (artística, científica). La élite y los individuos que la integran se caracterizan por el dominio de sí mismos, el valor del saber y el pragmatismo. En la masa prevalecen el sentimiento, las emociones y el prejuicio.

Las personas más dotadas de las capas bajas ascienden incorporándose a las élites y las de las clases superiores degradadas descienden hacia la masa. Si esta circulación, que restaura la élite, se produce con lentitud, en las capas superiores se acumulan elementos decadentes y se pierde la capacidad de gobernar, y en las capas bajas tiende a crecer el número de individuos con cualidades superiores que se acumulan sin ascender, con lo cual se abre una etapa de revolución, cuyo sentido es renovar la élite gobernante y restablecer el equilibrio social.

La heterogeneidad social, explicada por la desigualdad psicológica individual originaria, constituye una ley invariable de la existencia de la sociedad humana, por lo que no puede haber sociedad de igualdad. Las sociedades modernas, como tendencia, se orientarán hacia una renovación pacífica y racional de las élites.

El enfoque funcionalista de la desigualdad surge en una segunda etapa (años 40 y hasta el inicio de los 60), caracterizada por la expansión de la temática de la estructura social y las desigualdades en prácticamente todas las disciplinas sociales.⁷ La teoría funcionalista de la estratificación social se desarrolla explícitamente como alternativa de explicación no marxista, y declara que se funda en la noción desagregadora de Weber, aunque, como veremos, termina absolutizando la dimensión sociosubjetiva y minimizando los fenómenos de poder de orden económico y político-jurídico, incluidos en la tríada weberiana.

Talcott Parson y sus seguidores⁸ argumentan que los factores económicos no constituyen una explicación suficiente de la desigualdad, puesto que en las sociedades industriales avanzadas las grandes fronteras de división antagonica entre clases se han diluido, dando lugar a un